

Martha apenas si había podido dormir esa noche. A su lado Jason dormía profundamente como duermen todos los hombres después de haber hecho el amor repetidamente. Su pierna desnuda, morena, de piel suave tostada por el sol caribeño intentaba vanamente colocarse sobre la de Jason. Ligeramente incómoda se sentía sin embargo a gusto al sentir su calor y notar el roce del vello masculino de su pierna sobre la suya. Con los ojos cerrados pero no los sentidos, su mano izquierda estaba entretenida jugando con el vello del pecho que subía y bajaba rítmicamente, se sentía segura, protegida, a su lado, pero ... no lograba dormir.

Aquella era la última noche que iban a pasar juntos y esa idea le impedía abandonarse al descanso.

¿Qué estará soñando?, ¿acaso en mí?, ¿acaso en su nuevo destino?. Esos hombres altos, rubios, de piel blanca, los “guiris” como los llama su pedante y lejano cyberamigo español, llegan al Caribe desde Europa, por algún trabajo, cuando el trabajo finaliza viajan a un nuevo destino, dejando tras de sí ensueños, nostalgias, desengaños, desesperanzas y también ilusiones baldías, amores que nunca lo fueron, algo así como aquel programa de televisión llamado “reina por un día”, y en los días posteriores, ¿dónde se esconden las olvidadas atenciones a la realeza?.

Con ese sentido especial característico de las mujeres, Martha notó un cambio en Jason, sin dejar su sincopada y profunda respiración, el tamaño de su sexo iba aumentando de tamaño. Con una mirada divertida Martha contemplaba cómo ese miembro aumentaba de tamaño él solito. Se estaba despertando sin que su dueño despertara, estaba teniendo una erección nocturna. Con atrevimiento apartó ligeramente el boxer para poder verlo de cerca, en directo. Era gracioso verlo hincharse ante su rostro. Pensó, ¿estará recordando cuando hicimos el amor?, ¿estará haciendo el amor en sueños conmigo?, ¿estará pensando en aquella excursión en barca que hicimos la semana pasada a una playa solitaria?. El recuerdo de aquel día en que hicieron el amor al aire libre, bajo el Sol sobre la blanca arena, su enorme cuerpo aplastando al suyo tan delicado y femenino, le hicieron cambiar de actitud. La curiosidad dio paso a una creciente excitación, ni pudo ni quiso reprimir su impulso, tomó entre sus manos el objeto del deseo, lo llevó a su boca con golosa satisfacción; besó, lamió y abarcándolo entre sus generosos labios, lo engulló sin prisa, comenzando el movimiento de vaivén.

El resto del cuerpo de Jason se despertó como era de esperar, abrió los ojos, vio a la pequeña Martha jugando con su sexo, cerró los ojos y se dejó hacer.

El desayuno fue lento y en silencio, las miradas cómplices se cruzaban pero ninguno quería hablar de lo que iba a suceder. Las maletas de Jason preparadas, el pasaporte y el billete de avión sobre la consola del comedor hablaban con su muda presencia por sí solos. Las caricias sustituían a las palabras, los ojos sustituían a la boca y entre intensos y reprimidos sentimientos las arepas, el jugo y los huevos pericos atravesaron el nudo de la garganta.

El claxon del taxi sonó de repente, como un graznido de mal agüero, como la alondra que marcó el final de la noche de amor de los adolescentes de Verona. Jason se dirigió a Martha y le entregó un sobre; “Guárdalo en casa y ábrelo sólo cuando el avión haya partido”. Martha obedeció, en ese momento no le importaban los detalles, solo pensaba en el amor que se marchaba y no quería distraerse con otros detalles. Tomó su bolso, metió el pasaporte y el billete que ya Jason olvidaba por tener las manos ocupadas en cargar las maletas y salieron de casa.

Los aeropuertos no son edificios vulgares, son lugares encantados, mágicos, como las estaciones de tren, son ventanas de acceso a otros mundos y puertas de acceso para viajeros ilusionados. Lugares repletos de intensos sentimientos, de alegría, de gritos, de abrazos prolongados, de besos interminables, de despidos, de desgarradoras separaciones.

A Martha esa mañana le tocaba el papel más ingrato, el de decir adiós, el de llenar sus ojos de lágrimas, previsoramente esa mañana no se había maquillado ni se había puesto pestañina, no quería reprimir sus sentimientos pero tampoco quería dar la imagen de una plañidera, de ofrecer a los curiosos un rostro lleno de negros chorretones. Jason estaba serio pero estúpidamente a veces sus labios dibujaban una ligera sonrisa, a todas luces inoportuna e irritante. El abrazo no terminaba nunca, las bocas abiertas intercambiaban lenguas nerviosas como si quisieran explorar célula a célula aquello que en breve iba a desaparecer.

Finalmente Jason retiró la suya y se incorporó a la fila. Hasta que pasó el último control y desapareció por la escalera hacia la zona de embarque Martha se quedó hipnotizada sin saber qué hacer, qué decir, qué pensar.

Decidió tomar un autobús y no ir directamente a casa, paseando por las calles de la ahora ciudad solitaria que cantara Mina, quería olvidar a Jason pero no podía, se fijó en la gente por la calle que la miraban ... estaba llorando sin poderlo evitar. Llegó finalmente a casa y la fría soledad que encontró donde apenas unas horas antes había calor y amor la estremeció profundamente.

El sobre que Jason le había entregado antes de salir captó su atención. Sin demasiado interés lo abrió lentamente, ¿una carta de despedida?, ¿de agradecimiento?, ¿un dinero para comprar un regalo?, ¿una tarjeta con música o con palabras grabadas?. Al rasgar totalmente el sobre encontró dentro un ... billete de avión y una nota que decía; “Estas semanas que he pasado contigo Martha han sido las más felices de toda mi vida, creo que me he enamorado de ti y quiero que vengas a mi lado, te he dejado un billete para el avión de mañana. Perdóname si no te lo he dicho antes, pero no quería presionarte, debes tomar tu decisión. Te amo. Jason”.

No, no era una broma, el billete de avión era real ... la cara de Martha se iluminó y de nuevo las lágrimas, esta vez de emoción, brotaron en sus ojos. Respiró profundamente, eran muchas sensaciones opuestas en tan poco tiempo, la noche anterior, la despedida, la carta con el billete ..... ¡uff!, necesitaba aire y necesitaba ordenar sus ideas.

Cuando volvió a tomar noción del tiempo había transcurrido casi una hora, seguía sentada en el sofá, los sucesivos impactos emotivos la habían dejado en un estado casi catatónico. Sintió hambre fue a la cocina a prepararse algo de comer y encendió la grabadora para escuchar música. En todo ese tiempo seguía dándole vueltas a la cabeza. ¿Era realmente una buena idea dejarlo todo, su trabajo, su casa, su familia, amistades e irse a otro país desconocido con una persona a la que conocía desde hacía apenas 6 semanas?. Su sexo le decía “sí”, su corazón le decía “atrévete”, su cabeza le decía “piénsalo”. Mientras hervía el arroz intentaba imaginarse con Jason viviendo en otro ambiente. Intentaba proyectarse junto a él en el futuro, dentro de 1 año, dentro de 5 años, pero su mente no era capaz de visualizar esa situación. Sólo era capaz de recordar el pasado, sólo visualizaba su cuerpo, su sexo, los brazos masculinos que la apretaban hasta estremecerse... pero no podía, no podía imaginarse en el futuro junto a él por más que lo intentaba y eso la intranquilizaba.

En la grabadora de la cocina sonaba un CD enviado por su cybermigo español, un popurrí variado, en ese momento cantaba Joaquín Sabina; “... en Macondo comprendí que al lugar donde has sido feliz no debieras tratar de volver ...”. ¿Era un aviso?.

La inicial alegría desbordada dio paso a una reflexiva tranquilidad y ahora a una preocupante indecisión.

El teléfono sonó de repente cortando bruscamente sus pensamientos, era Yoleidy, su mejor amiga. “¿Y Jason?, ¿se marchó ya?”. Sí, contestó, sin atreverse a contarle lo del sobre. “Estarás muy apenada, ¿verdad?. No te apures voy a pasar a recogerte, nos han invitado a un cumpleaños y lo mejor de todo... esta mañana han venido unos ingenieros españoles a trabajar a la empresa en un programa de colaboración, son muy simpáticos y van a venir también al cumpleaños”.

Su voz que no reconoció como suya, dijo; “Estupendo, ven a recogerme a las 6, seguro lo pasaremos fenomenal”. “Ahí estaré”, dijo Yoleidy antes de colgar.

Martha sonrió pícaramente, mordiéndose el labio inferior y mostrando tímidamente sus dientes, era su gesto de picardía y de autoconfianza. Eran demasiadas señales mostrándole el camino a tomar; la incapacidad para visualizar un futuro junto a Jason, la canción de Sabina, la llamada de Yoleidy. El cerebro había triunfado, al tiempo el corazón se ilusionaba ante un posible nuevo amor y su sexo se estremecía ligeramente ante unos nuevos placeres. Toda ella había tomado una decisión, habían muchos Jasons por el mundo esperándola, con tranquila seguridad tomó el sobre con el billete y la nota y los rompió en treinta y dos pedacitos, retiró las fotos que habían por la casa donde aparecía con Jason, cambió sin ninguna nostalgia y con gran ilusión las sábanas de la cama y se detuvo un momento; “me han dicho que los españoles suelen tener los ojos negros, me pondré las braguitas negras esta noche así para hacer juego con ellos” y ... volvió a sonreír perversamente.